

ETERNIDAD DE VALLE-INCLÁN

El nacimiento de don Ramón María del Valle-Inclán, ocurrido el 28 de octubre de 1866, a orillas del mar de Arosema, en la costa gallega. Con "Este gran don Ramón de las barbas de chivo" —parafraseando un agudo verso rubendariano—, ha sucedido al cabo del tiempo un fenómeno que es característico de algunas relevantes figuras literarias; me estoy refiriendo a la revaloración. Dos lustros ha, su nombre sonaba poco, casi nada, en los oídos de los librereros y de los directores de teatro.

Puede decirse que no interesaba. Permanecía, pues, olvidado y no lograba despertar el mismo revuelo que Unamuno, Azorín, Baroja, Ganivet, Antonio Machado y su hermano Manolo, junto también a Ramiro de Maeztu, todos ellos geniales compañeros suyos dentro de la Generación del Noventa y Ocho. Generalmente se veía en él al personaje atrabiliario, al hombre de vena quevedesca que se configuraba en su humanidad, comentándose y criticando chascarrillos y apuntes áticos que salían de sus labios en las tertulias del Ateneo de Madrid o de algún café de Recoletos. En cambio sus novelas, obras teatrales y poesías no preocupaban, se trataban a la ligera sin prestarles la atención suficiente que reclamaba su contenido, pero más principalmente la magnífica perfección de su estilo, siendo por esto poco valoradas.

De un par de años a esta parte tal situación ha ido evolucionando y Valle-Inclán se ha actualizado. El gusto varía según la época; ayer se despreciaba lo barroco por ser demasiado elaborado, hoy se censura lo simplista y escueto por tener escasa sustancia. Quizá el triunfo definitivo de Valle-Inclán obedezca al hecho de que en su literatura él combine estas dos vertientes —la barroca y la modernista— armonizándolas dentro de lo que cabe. El resultado de ello es una obra de personalidad auténtica e inconfundible, llena de contrastes, matizada hasta las entrañas de lo sutil y lo grosero, de lo cómico y lo dramático, de lo fulgurante y lo oscuro. Aunque el escritor de barbas patriarcalas afirmaba en "El pasajero",

"Soñé laureles, no los espero",

está alcanzando en estos momentos la gloria que tan esquivo se le mostró en vida, y posiblemente en adelante conquiste muchas otras palmas.

Uno de los personajes mejor engendrados por Valle-Inclán es el Marqués de Bradomín, tipo donjuanesco que vive en un ambiente de pompa, romanticismo y aventura. En ese sujeto se halla plasmado —y ejecuta-

do, desde luego—, el concepto poético de la narración que tuvo el autor gallego. En él se manifiestan, definidas, las influencias de Bécquer, Darío y D'Annunzio. Es un personaje que luce las más diversas facetas estéticas y está formado según el gusto modernista. Además, en la obra del tal Bradomín, Valle-Inclán se ofrece como un refinado artista del vocablo, sumamente empeñado en hacer prosa al estilo de sus "Sonatas", escritas en lenguaje muy rico, tan labrado que en algo recuerda los encajes calados en piedra que adornan las túnicas de los engoyados. En la misma línea se halla orientado querubines románticos del Pórtico de la Gloria, bajo las campanas de Santiago de Compostela. Ellas contienen lo mejor del autor gallego, en cuanto a creación poética atañe.

La vida, el combate cotidiano con la dura realidad, hizo que Valle-Inclán fuera alejándose de sus primitivas normas estéticas y adoptara una forma de expresión puesta más a tono con la existencia. Con él sucedió una cosa parecida a aquella que le ocurriera en su andadura artística a don Francisco de Goya y Lucientes; lo real fue motivo para que el genial aragonés saltara del dulce mundo de los cartones para tapices al oscuro universo de las pinturas de la Quinta del Sordo. Don Ramón María se alejó del ambiente aristocrático y risueño que dominó las primeras obras suyas y decidió constituirse, un poco, en testigo de su época, satirizando a la sociedad española empingorotada en las páginas de sus novelas, en sus esperpentos tragicómicos. La época de Isabel II le sirvió para encuadrar históricamente su serie de novelas "El Ruedo Ibérico". Como Galdós, Valle-Inclán hizo de la historia de España en sus libros una especie de crónica novelada, constituida por capítulos escritos con manera de agua fuerte, penetrantes, llenos de verdad.

Sintió Valle-Inclán sincero interés por el continente hispanoamericano (al que había designado humorísticamente "Tierra caliente"); el destino hizo que llegara a conocerlo, aunque solo visitara un par de países. México y Cuba. De sus años de estancia en el país azteca, donde vivió según él decía —desde luego exagerando— las peripecias de las célebres revoluciones, surgió su gran novela "Tirano Banderas". Esta obra es una mezcla de ficción y realidad, de historia y de leyenda, hecha a base de ciertas investigaciones históricas que efectuara Valle-Inclán cuando llegó a México durante el gobierno del general Alvaro Obregón y circulaba de boca en boca el nombre de Pancho Villa, recientemente asesinado. "Tirano Banderas" ocupa la cumbre de su arte narrativo.

Como autor dramático, Valle-Inclán salió a las tablas no hace mucho tiempo. Sus piezas teatrales no se ponen continuamente en escena porque ofrece varias dificultades de montaje. Su concepción del mismo es estético-dramático y sus personajes lucen en veces jocosos, en veces trágicos. El éxito rotundo que logró "Divinas Palabras" el otro día, permite asegurar que don Ramón María del Valle-Inclán es uno de los dramaturgos importantes dentro del teatro de habla castellana, a quien se está principiando a descubrir ahora, cuando lleva ya un siglo sobre la espalda, aunque bien es cierto que nunca en estos asuntos resulta ser demasiado tarde.

J. MONSERRAT SALGADO